

La generación de la República

Entrevista con José Esteban

Blanca Bravo Cela

Conocí a José Esteban en el bar Chicote hace unos años cuando llegué a Madrid buscando información sobre Andrés Carranque de Ríos. Esteban era un argumento de autoridad en el tema porque había seleccionado *La vida difícil* para su colección Turner que rescataba a escritores desconocidos para el gran público. Me preguntó el motivo de mi interés por Carranque y respondí algo así como que su literatura con carácter, directa e incisiva, me había cautivado cuando me cayó en las manos, en la Biblioteca de Hispánicas de la Universidad de Barcelona, el volumen que precisamente él había editado veinte años antes. Empezamos entonces a hablar de Carranque y de los otros, los demás olvidados. Con la oportunidad de publicar un dossier dedicado a ese grupo literario, me puse de nuevo en contacto con él y tuvo la amabilidad de responder por carta a un cuestionario que se parece bastante al diálogo que mantuvimos hace ya tiempo y que por suerte o por desgracia mantiene su actualidad.

José Esteban tiene un espíritu inquieto e interrogante que le ha llevado a dedicarse a las iniciativas más diversas para tratar de encontrar respuestas al interrogante del olvido calculado de ciertos autores literarios. La escritura de ensayos y obras de creación y la edición selectiva, basada en criterios de calidad, de textos de escritores olvidados por la historia de la literatura oficial han sido dos de los caminos que viene desarrollando en este sentido. El amor por Madrid –¿madrileñismo?– le ha inspirado para escribir *El Madrid liberal* y el *Breviario del cocido*, el interés por figuras peculiares le ha convertido en biógrafo –de Meléndez Valdés, Valle-Inclán y recientemente de Mateo Morral– y, lo que nos importa más ahora, la curiosidad por los años de la República le ha llevado al estudio de la época y al rescate de plumas de entonces. Describió el ambiente de esos años treinta en *El Madrid de la República*, pero antes ya se había dedicado a analizar la tarea de muchos de esos escritores –dedicó espacio a Alicia Garcitoral, a Manuel Ciges Aparicio, a Joaquín Arderús–, a estudiar las publicaciones periódicas de la época y a rescatar, junto con Gonzalo Santonja, textos de aquellos escritores de izquierdas que durante la República escribían con notable éxito y que quedaron después relegados a un olvido

de décadas, injusto en muchas ocasiones. En la década de los setenta dirigió una colección de novela social de la editorial Turner, que resucitaba nombres que muchos españoles escuchaban por vez primera —encontramos títulos de Felipe Trigo, César Muñoz Arconada, José Díaz Fernández, Andrés Carranque de Ríos, Arturo Barea—. Esta iniciativa resultó polémica para muchos que la veían como una labor de arqueología literaria, mientras que para otros suponía la posibilidad de leer a escritores cuya ideología contraria al régimen les había valido la prohibición durante la dictadura franquista. Vamos al recuento y la valoración del editor.

—*¿Podemos hablar de una generación de escritores de narrativa social o —siguiendo la terminología utilizada por Francisca Vilches de Frutos— de una generación del «Nuevo Romanticismo»?*

—¿Qué duda cabe? Generación o grupo, que viene a ser lo mismo. Pero lo cierto es que hacia 1928, un grupo de escritores irrumpe como una tromba en la vida pública española, un grupo enriquecido políticamente en la lucha contra la Dictadura y consciente de la necesidad de cambios en las estructuras básicas del país.

Esta nueva generación, que convive con los restos de la del 98 —Valle-Inclán y Unamuno levantan sus airadas voces contra Primo de Rivera—, con la del 14 —Ortega, Pérez de Ayala, Ciges Aparicio—, quiso asumir desde muy pronto las responsabilidades a que le llamaba su hora histórica, ya que «pocas fechas en la historia habrán aparecido tan estimulantes para el hombre español».

Esta generación ha soportado ya numerosos calificativos: «del nuevo romanticismo», «la otra generación del 27», entre otros. Yo preferiría llamarla generación «de la República».

—*¿Cómo evalúa hoy la literatura de los narradores de los años treinta? ¿En qué posición cree que se encuentran estos autores en el mundo literario actual, el de inicios del siglo XXI?*

—Como la de grandes escritores y grandes novelistas. Cuando, ya en la década 60-70, inicié su recuperación no lo hice, como se me acusaba, porque fueran perseguidos o republicanos o exiliados sino, exclusivamente, porque eran grandes escritores. Sus novelas, sus ensayos, su aportación literaria en fin está hoy llena de enseñanzas. Acusados de que escribían mal, resulta que, por ejemplo, *El blocao* es uno de los libros mejor escritos de la literatura española de todos los tiempos. Y así podríamos seguir con muchos de ellos. Aquellas primeras aportaciones de Sender, de Arconada,

las novelas de Carranque, siguen siendo hoy, ya en el siglo XXI, como dices, válidas, buenas, conmovedoras, como no lo son muchas de las novelas escritas después de la guerra y de casi todo el resto del siglo XX.

—*Los años setenta se caracterizaron por una explosión testimonial —hay innumerables títulos de memorias que procuran recuperar el pasado que había sido silenciado por la propaganda franquista— y un afán de explicar las cosas desde un punto de vista distinto del oficial. En ese sentido, recuperar las voces de quienes escribían durante la República en contra de militares, eclesiásticos e incluso en contra de una República burguesa, era todo un reactivo. ¿Cómo nació la idea de recuperar esas obras? ¿Tuvo la repercusión esperada la colección de «La Novela Social» en su momento?*

—No lo sé, es posible. Pero lo cierto es que en esos años otra nueva generación de futuros escritores llegamos a la vida política y cultural española, cansados de la estolidez franquista, y ya conocedores de esa literatura que durante años se nos había venido silenciando. Contamos para ello con impagables revistas como *Triunfo* o *Ínsula*, que acogieron nuestros primeros trabajos e hicieron posible hacer saber —siempre minoritariamente— que había existido otro tipo de literatura y existían otros nombres. Por mi parte, puedo decir que mi colección *La novela social española*, que editaba en la Editorial Turner fue todo un éxito de crítica y público —como se dice popularmente—. Y no sólo esa colección. Hubo otras como la *Biblioteca silenciada* y algunos otros intentos, de gran interés en su momento, y naturalmente con la relativa atención que estas promociones y búsquedas llevan consigo.

—*Herederas de esas primeras reediciones son las recientes —en la última década del siglo XX— de textos aislados de Carranque de Ríos, de Díaz Fernández, del Sender de la magnífica novela titulada Imán. ¿Cree que han pasado desapercibidas? ¿Deberían actualizarse con estudios que mostraran la calidad de estas obras?*

—No puedo creer que mis esfuerzos rescatadores y los de tantos otros cayeran en el vacío. No pasaron desapercibidas, sino, muy al contrario, dieron lugar a diatribas y polémicas, a su inclusión en muchos manuales literarios y a la publicación de una bibliografía sobre el tema y a sucesivas reediciones, que ya quisieran para sí otros movimientos literarios. No hay año sin tesis sobre algunos de estos escritores y la conflictiva época en que vivieron; no hay año sin alguna reedición de sus obras. Y me consta el interés —sin duda siempre minoritario, pero el que despierta toda la literatura lo es— de muchos jóvenes sobre todo por el nuevo romanticismo, esa especie de biblia

de la generación. Y lo sé de buena mano por ser su editor. Nunca pasaron desapercibidas o al menos tanto o tan poco como otras recuperaciones.

—Los manuales de literatura —los manuales generales vienen salvando la laguna— de enseñanza secundaria obvian esta generación. ¿Por qué? ¿No son acaso el germen del tremendismo que se cultivó en la posguerra? ¿No podemos establecer una línea nítida de discipulado que entronca a Pío Baroja con Carranque de Ríos y de ahí a Camilo José Cela?

—Es muy posible que muchos manuales al uso sigan obviando a esta generación, pero lo mismo hacen con muchas otras. Puedo decirte que hoy, a muchos años de aquellas mis primeras recuperaciones, mi visión se ha ampliado. He podido darme cuenta de que la injusticia literaria es mucho más grande y hasta significativa que la injusticia social. Por eso no sólo luché por la reincorporación a nuestra cultura de aquellos novelistas, sino por la de los bohemios, tanto o más injusta, o la del exilio, verdaderamente increíble.

—Parece claro que hay trabajo hecho en la línea de recuperación de esta narrativa, pero —a la vista del desconocimiento de gran parte del público— hay que continuar con la recuperación. ¿Por dónde seguimos? ¿Tiene algún proyecto para proponer una relectura de estos autores?

—¿Por dónde seguimos?, me preguntas. Pues luchando por completar el injusto panorama que de la literatura española nos presentan o nos imponen. Nuestras historias literarias son una especie de censo o de catastro, a todas luces incompleto, irracional y absurdo. ¿Por qué figuran unos autores y no otros? ¿Por qué nos hacen leer a estos sí y a otros no? ¿Por qué se silencia a unos y se encumbra a otros? Quizá porque la literatura, como la historia, la escriben los vencedores —políticos o literarios, es lo mismo— y por ello necesariemante, como decía una maravillosa canción argentina, tiene que haber otra historia u otra literatura. La búsqueda de esa otra historia literaria debe ser el objetivo principal de los críticos, de los estudiosos y de los escritores en general, en estos tiempos de triunfadores y de olvidos.

Quizá luchar contra el olvido literario ha sido uno de los objetivos de mi vida. Quizá por ello, sigo todavía en la brecha. Y quiero seguir rescatando no sólo a esos magníficos escritores sociales, sino a muchos otros. Para ello, con la impagable ayuda de Abelardo Linares —Editorial Renacimiento—, existe una *Biblioteca de Rescate*, donde todo olvidado, todo perseguido literario, tiene y esperamos que tenga su asiento.